

EFRÁIN BARQUERO

EL POETA JOVEN Y LA FORMACION DE SU MUNDO POETICO

CHILE —como se ha dicho tan a menudo— es realmente un país de poetas.

Está en la tierra, en la luz, en el aire, esta peste maravillosa que hace de cada habitante una especie de grave y socarrón oficial civil que no deja animal, ave, fenómeno telúrico o sentimental, sin ponerle nombre y apellidos.

Hay versos sueltos en todos los rincones; hay cientos de poetas naturales en todas las escalas sociales, y en todos los oficios y profesiones, que escriben y borran cada día; hay expertos payadores por cada cojo, tuerto o tartamudo miembro de la familia; hay una oveja negra de imaginería en cada nacimiento de este largo y solitario territorio; hay un eterno pastor y un pícaro de siete suelas, bajo cada chileno, encogido y amurrado, a quien le basta un solo vaso de vino para hablar con detalles del cielo o del infierno.

Son muy pocos, entonces, los que literaria y librescamente, se dan el apelativo de poetas.

Hablo de los poetas jóvenes, de los poetas en desarrollo. Hay más o menos unos 500 activos.

Los últimos Juegos de Poesía acusaron su vasta ebullición; sus confusiones y temblores, sus tonos, sus maneras, sus entusiasmos, sus visiones y la eterna y maravillosa creencia infantil en la gloria del hombre.

Yo quisiera hablar, ahora, de la autenticidad de algunos de ellos —sin nombrarlos, por supuesto— de los poetas natos, de los que están más allá de equivocaciones o caminos mal tomados, más allá de influencias y grandezas; de los que hablando de piedras o de sillas, de los asuntos más triviales, nos hablan de los grandes y eternos problemas de ser.

En nuestro medio, estos valores se destacan de la manera más extraña. No es el prólogo, ni la recompensa literaria, lo que los rodea de atención y resonancia. Es la sensibilidad común la que los acoge ciegamente, la que les da un rastro sagrado de piedra o de barro, la que los defiende y los hace evolucionar, pues al crecer sus portavoces, la gente también crece y encuentra su sentido. Ya que el creador, como todos los seres, está bajo las leyes misteriosas de la selección natural, de la comunicación social; es una forma del oscuro y silencioso plankton anímico; está vinculado y este vínculo lo hace grande y digno.

Sin embargo, el joven está hecho de terror y de búsqueda, está amena-

zado constantemente por todas las respiraciones ajenas, está circundado de fantasmas reales o ficticios.

Hay 500 poetas activos en el país, de Santiago y de provincias, que llevan espada al cinto. Y hay 500 poetas más que dejan de escribir continuamente, convirtiéndose en jueces inapelables de los primeros. Y hay todavía 500 personas más que se encuentran en todas las esquinas, y que echan encima de las pobres y hambrientas sombras, todas las influencias y los pecados del mundo, como una especie de comadres que hablan de literatura como quien habla de la honra de la hija mayor de la vecina.

Pero la poesía joven de Chile, multiforme y rica, sigue su curso, defendida en algunos casos, por la primera y más invulnerable cualidad de un escritor nuevo: la comunicación con los demás.

No creo que en un mundo tan vasto, tan lleno de cosas, tan aterrador de acontecimientos, tan veloz y tan múltiple, queden ya poetas de un solo movimiento, de una sola verdad y de un solo conflicto. Es la hora de los poetas de desarrollo, de los poetas sabios y maduros de climas, regiones y experiencias. No cabe, pues, sino la más grande comunión, la integración de las artes, la difusión de la poesía ante tanto avance científico.

Entendamos la comunicación poética, no como un halago o concesión al lector común y a su mundo —muchas veces falso o pequeño de horizontes— sino como defensa de la propia poesía y feliz evolución de sus creadores.

Lo nuevo que puede aportar un escritor, en este tiempo, es fruto de madurez y de comunicación: es algo así como una mayéutica sonora.

HUMBERTO DÍAZ CASANUEVA

BASES PARA UNA DISCUSION SOBRE LAS RELACIONES ACTUALES ENTRE POESIA Y CIENCIA

DENTRO de sus actitudes fatalmente divergentes, Poesía y Ciencia, en el transcurso de la historia se han aproximado tratando de complementarse o se han divorciado hasta ahondar un supremo antagonismo. Hubo identificación en Empédocles o Lucrecio e intentos de llegar a campos limítrofes en el romanticismo naturalista alemán. A mediados del siglo XIX el antagonismo comenzó a hacerse violentamente visible con el avance vertiginoso